

**III JORNADA INTERNACIONAL e I CONFERÊNCIA BRASILEIRA sobre
REPRESENTAÇÕES SOCIAIS**

2 - 5 setembro 2003

Rio de Janeiro, Brasil

Práticas cidadanas: representação y resignificación en tiempos de globalización

Mireya Lozada

Instituto de Psicología

Universidad Central de Venezuela

mlozada@reacciun.ve

1. Globalización y Localización

La globalización más allá de las apologías y demonizaciones, aparece como “condición impostergable de la actividad humana en las postrimerías del siglo XX” (Beck, 1988). El término, que, en ocasiones es utilizado como sinonimia de mundialización, internalización e incluso de desterritorialización, frecuentemente se reviste de un cierto grado de indeterminación conceptual, cuando no de obviedad y evidencia. Toda esa carga de evidencia ha convertido la globalización en un ineludible objeto de debate, para economistas, sociólogos, politólogos e historiadores, pero la psicología se ha quedado a la saga de un análisis crítico sobre el proceso de globalización y el modelo civilizatorio que dicho proceso impone. Tal como señala Giddens, (2000:35) “es un error pensar que la globalización sólo concierne a los grandes sistemas, como el orden financiero mundial. La globalización no tiene que ver sólo con lo que hay “ahí afuera”, remoto y lejano del

individuo. Es también un fenómeno de “aquí dentro”, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas”. Entonces, ¿de qué manera se expresa en la vida cotidiana, se representa y se práctica socialmente la globalización?

Todas las prácticas sociales: producción, cultura, lenguaje mercado laboral, capital, educación, etc, han sido hasta ahora definidas desde el punto de vista nacional (economía, lengua, opinión pública e historia nacional). El espacio social ha estado enmarcado en la noción de Estado-Nación, y las categorías comprensivas de las ciencias sociales han reflejado esta llamada “teoría del contenedor de la sociedad” (Beck, 1998: 46) Así, se habla de sociedad “francesa”, “americana”, “brasileña” y se desarrollan “indicadores sociales” que permiten que los éxitos de la modernización resulten medibles, controlables para los científicos, actores del Estado Nacional, quienes en sus teorías del desarrollo, clasifican aquellos países que están a la cabeza y los que en la cola, eufémicamente están en vías de alcanzarlo.

Los clásicos de las ciencias sociales (Durkheim, Weber, etc), más allá de sus diferencias compartieron esta definición territorial de la sociedad moderna y del modelo de sociedad estatal, el cual se ve sacudido actualmente por la complejidad y multiplicidad de espacios sociales transnacionales en la era globalizada. Así, cuando Beck (1998) se pregunta: ¿Qué imágenes de lo social y qué unidades de análisis pueden sustituir la axiomática nacional-estatal?, Rosenau (1990) responde de forma paradójica, los dos mundos de la política mundial: la sociedad de los Estados (nacionales) y paralelamente las múltiples organizaciones transnacionales, actores, grupos e individuos que construyen permanentemente un vasto entramado de relaciones sociales.

Frente al proceso de globalización surge otro proceso antagónico y/o complementario, el cual se ha denominado “localización” o fragmentación. Se trata del resurgimiento de lo local frente a lo que postula o impone como global, esto es, como monolítico y universal.

Boaventura de Sousa Santos (1998) establece una intrínseca relación entre el proceso de globalización y el de localización, como las dos caras contrapuestas de una misma moneda: distinguiendo lo que él llama “localismo globalizado” que consiste en un proceso por el cual un fenómeno local dado es globalizado con éxito (p.e: la *lex mercatoria* o el derecho contractual de las transacciones económicas) y el “globalismo localizado” que consiste en el impacto específico de las prácticas o imperativos transnacionales en las condiciones locales, que deben ser estructuradas y reestructuradas con el fin de responder a dichos imperativos (p.e: las empresas transnacionales que producen y comercializan sus productos en cualquier parte de la tierra, se ven obligadas al mismo tiempo a establecer en los países periféricos, algún tipo de relaciones locales, basadas normalmente en normas de derecho consuetudinario tradicional).

En este contexto de conflictos multiculturales propios de la globalización, diversos grupos y movimientos sociales buscan reconocimiento y/o recuperación de identidades invisibilizadas, pérdidas o marginadas, y aparecen reivindicaciones de nuevos derechos, como por ejemplo derechos identitarios de los grupos socialmente diferenciados, los derechos comunitarios de carácter etnocultural, los derechos ecológicos o de protección del medio ambiente, unidos a veces a reivindicaciones comunitarias de los pueblos o de comunidades étnicas, los derechos al desarrollo. Y a la vez, van resurgiendo demandas de viejos derechos: sociales, económicos y culturales (vivienda, salud, educación, identidad cultural, trabajo y condiciones laborales) que han sido relegados por la tendencia neoliberal de la globalización económica y que nuevamente se reivindican como derechos del hombre “contextualizados” o “situados” en un espacio temporal concreto a partir de necesidades de determinados grupos.

Es evidente que el mundo es desafiado por la globalización, que sus tensiones y contradicciones agravan las ya extendidas desigualdades sociales, económicas y sociales. Son muchas y continuas las transformaciones que provoca la “era del globalismo” (Ianni, 1999). Los imaginarios colectivos, los modos de vida y pensamiento de individuos y colectividades, aún cuando se mueven a ritmos diferentes que los veloces cambios de la economía y la tecnología, también se ven afectados por las estructuras globales de comunicación, poder y mercado.

2. Ciudadanías plurales, Ciudadanías culturales, ciudadanías indisciplinadas...

Los procesos de globalización y la fragmentación tienen un claro efecto en los vínculos políticos y jurídicos entre individuos y las estructuras de organización social, especialmente los referidos a la inclusión o pertenencia a un Estado-Nación que se aglutinan bajo el término abstracto de ciudadanía.

El ámbito jurídico “global” y el ámbito jurídico “local” reaparecen como dos dimensiones nuevas junto a las relaciones jurídico-económicas estatales, lo cual dificulta y hace más compleja la determinación de la especificidad jurídica (que ya no se limita a la especificidad nacional-estatal), así como la interacción entre las tres esferas que se consolidan jurídicamente en la actualidad: la nacional, la local y la global. En definitiva, cuando más se globalizan las relaciones jurídico-económicas, más se localizan o se fragmentan las manifestaciones sociales, laborales y culturales en las cuales aquellas han de desarrollarse, produciendo además una relación desigual entre aquellas y éstas (Santos, 1998).

El resurgimiento de la descentralización o policentralidad jurídica, de la diversidad cultural y normativa, así como las reivindicaciones de reconocimiento jurídico y político de las diferencias y de las heterogeneidades etnoculturales o biológicas exigen un

replanteamiento de los esquemas regulativos tradicionales de las sociedades modernas industrializadas y muy especialmente del concepto de ciudadanía. Se trata para algunos autores de plantearse una ciudadanía desterritorializada, es decir desvinculada del concepto de nacionalidad, una ciudadanía global, transnacional que pueda ser capaz de integrar identidades múltiples. Pero, ¿En qué consiste la propuesta de una ciudadanía diferenciada dentro de una comunidad política unificada?

El debate es polémico porque el concepto de ciudadanía ha cumplido siempre una función de integración de los individuos supuestamente “semejantes” en estructuras universales y homogeneizadoras. Al pensar en una ciudadanía diferenciada se piensa entonces en la ruptura de la cohesión social, jurídica y política. Sin embargo, la ciudadanía diferenciada no implica cuestionar la igualdad de todos los individuos ante la ley, sino considerar que esa igualdad formal y universal requiere hoy en día ser articulada con el reconocimiento y aceptación de las nuevas modalidades de relación, de consumo, de comunicación.

Cuando se reduce el concepto de ciudadano a un solo tipo de actor social se está marginando o interiorizando al resto que pertenece a una raza o cultura diferente, a grandes sectores de excluidos. La universalidad de la igualdad no ha dado aún respuesta al aspecto social de la ciudadanía, esto es, en lo referente a la protección de los derechos sociales o de los derechos que permiten una participación igualitaria de la vida social, cultural y económica con el consiguiente reparto y uso solidario de servicios sociales y bienes públicos (Marshall, 1997)

Pero además de preguntarnos si es viable o no jurídica y políticamente una ciudadanía diferenciada, multicultural, (existencia de un igual derecho a la diferencia) habría que preguntarse como las representaciones sociales juegan un rol en el respeto y el reconocimiento a la diversidad y la diferencia, de manera que ellas no constituyan una amenaza para la cohesión y el equilibrio social, al ser ella sea reconocida, aceptada y

consecuentemente preservada y protegida. Es decir, la diferencia y la pluralidad como factores constitutivos de cohesión e integración social y como ejes simbólicos de las representaciones de sí y el Otro construidas socialmente.

Es decir, esta ciudadanía diferenciada, que no ha sido aún reconocida política, ni jurídicamente, ¿cómo es representada por los grupos sociales, ¿qué valor se atribuye a la diferencia y a la identidad y cómo se conjugan con el principio de igualdad? ¿Cuál es el camino del respeto mutuo entre todos los grupos sociales diferenciados, a la vez que la igualdad entre los grupos? ¿Qué representaciones se derivan del reconocimiento de la diferencia y la igualdad? ¿Cómo se construye el sentido común, el punto de unión y cohesión entre aquellas minorías diferenciadas dentro de un mismo contexto socio-político?.

3. Representaciones y resignificación

El surgimiento de conflictos étnicos a nivel mundial constituye un ejemplo de situaciones concretas que dan cuenta de estas nuevas demandas de la ciudadanía y su representaciones sociales. Ellos han desatado graves enfrentamientos bélicos en Europa, Asia y Africa. En América Latina también se han manifestado movimientos y conflictos étnicos especialmente en México, Guatemala, Ecuador y Bolivia, Perú y Chile, con diferentes ritmos e intensidades dentro de la heterogeneidad de una región que comparte importantes referentes históricos y culturales.

Estos movimientos y la conversión de sus integrantes en actores políticos, que se han visto acentuados por el impacto de los procesos de globalización, han cuestionado profundamente los modelos de democracia formal en nuestros países y han posibilitado nuevas representaciones identitarias, en un contexto de demandas de reivindicaciones, de espacios de participación social y política, de defensa de diferencias étnicas, culturales, religiosas, sexuales, entre otras.

Con la intención de dar cuenta de esta dinámica en América Latina, referiré acá algunos resultados de los trabajos realizados por el grupo de investigación transdisciplinar y transcultural: **Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales**, el cual está adscrito al Centro de Estudios Postdoctorales de la Universidad Central de Venezuela y cuenta con el apoyo de la Fundación Rockefeller y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).

Los resultados de estos estudios realizados por investigadores de distintas nacionalidades y disciplinas en España, Japón, EEUU, Perú, Brasil, Argentina, Ecuador, Colombia, México y Venezuela, en torno a Políticas y representaciones de identidad y ciudadanía - tema común compartido durante el año 2001-2003, destacan la importancia de lo simbólico-social en las transformaciones socio-políticas en tiempos de globalización, y muestran como aún desde lo local no se limitan a ámbitos regionales o nacionales restringidos.

A título ilustrativoⁱ mencionaré brevemente cinco de estas investigaciones en países de América Latina: la primera, realizada en Ecuador, Bolivia y Perú; la segunda en Puerto Rico; la tercera en Brasil, la cuarta en Argentina y la quinta en Venezuela.

Pajuelo (2003:287) en una investigación de largo alcance sobre fronteras, representaciones y movimientos étnicos en países centroandinos, destaca como en los grupos indígenas de Ecuador, Perú y Bolivia, vienen desarrollándose intensos procesos de redefinición de fronteras y representaciones étnicas que asociadas al incremento de las interrelaciones globalizadas (que incluyen redes telemáticas indígenas entre otras), han generado nuevas representaciones y nuevos regímenes de representación en la población mayoritariamente indígena de dichos países.

En Ecuador, a través de nuevas formas de organización, movilización y mediación político-social indígena, se han reivindicado las palabras “indio” e “indígena”,

“nacionalidad” y “pueblo”, reiventando el mapa cultural del país, donde se reconocen actualmente doce (12) nacionalidades que se recogen en la propuesta de un Proyecto Político (CONAIE, 1994) que destaca el carácter plurinacional de la sociedad ecuatoriana. En Bolivia desde 1952 hasta el presente, se han venido escenificado importantes movimientos de insurgencia étnica que han impactado profundamente las estructuras políticas y el aparato institucional del Estado.

El protagonismo étnico tiene escenarios importantes en la lucha por la autorepresentación étnica, la articulación a nivel local y regional, la afirmación de la lengua quechua, la recuperación de viejos símbolos y categorías andinas como la Wuphala, la reivindicación de la hoja de coca como elemento sagrado de identidad indígena y símbolo de la nacionalidad boliviana, y la autodenominación de “pueblos originarios” o “pueblo indígena”, en vez de “indios” debido al lastre colonial de esta denominación. Estos conflictos han jugado un importante rol en las resignificación de las representaciones de los grupos indígenas y otros grupos. Así relata una indígena quechua uno de los encuentros con el gobierno en la “lucha por el agua” en el año 2000:

“ [...] las mujeres han reñido en aymara-quechua a los ministros, y los ministros como son extranjeros no supieron entender. Por primera vez, las dos repúblicas, la india y la q’ara (dominante, de raigambre blanco-mestiza) se miraron cara a cara, con sus dos culturas diferentes y así tuvieron que atendernos, que reconocernos, que respetarnos [...] (Quispe, 2002: 169, citado por Pajuelo 2003).

En Perú reseña Pajuelo, no existe un movimiento de reivindicación étnica comparable al de sus vecinos andinos. No hay organizaciones en la sierra, y la palabra “indio” todavía está cargada de una fuerte connotación negativa, por lo cual nadie quiere denominarse como tal, prefiriéndose la denominación de “campesino” que le fue impuesta durante el gobierno del General Velasco Alvarado en reemplazo de la palabra indio” (2003:288). La

inexistencia de un movimiento indígena consolidado en la sierra peruana y la progresiva desaparición de identificación y autoconciencia étnica, se debe para algunos especialistas (Franco, 1999; Degregori, 2002) a la migración indígena, a los procesos de “densindianización” que construyó una identidad “chola” o “mestiza” abandonando sus rasgos indígenas e invisibilizándose su valor simbólico. Degregori (1993:120) señala al respecto:

“Conforme las fronteras se volvían más porosas y las identidades étnicas se tornaban más fluidas, los escalones inferiores de la pirámide étnica peruana comenzaron a volverse evanescentes, a difuminarse y desaparecer”.

Por su parte, Juhász-Mininberg (2003) aborda la polémica conceptual y empírica sobre cómo se construye y representa la identidad nacional puertorriqueña, a más de un siglo de vínculo político formal entre Estados Unidos y Puerto Rico, considerado este último como Estado Libre Asociado (ELA) a la nación estadounidense.

La autora analiza las representaciones de la identidad puertorriqueña a raíz de los resultados del último plebiscito sobre el estatus de Puerto Rico, realizado en 1998. Ante cinco opciones de respuesta, a saber: 1) la estadidad (otro estado de EEUU), 2) la actual configuración del ELA (mantener la condición actual: algunos elementos de “autonomía”), 3) la independencia, 4) la independencia con un tratado de libre asociación y 5) ninguna de las anteriores, la última opción obtuvo el 50.3% de los votos, mientras que la estadidad recibió el 46,5% de los votos y las otras opciones obtuvieron un apoyo mínimo.

Para la autora, el importante porcentaje de votos obtenido por la opción “ninguna de las anteriores”, más que reflejar niveles de apatía o simple indeterminación, refleja entre otros elementos socio-políticos y culturales, la necesidad de reformular los términos en que se ha articulado el debate sobre el status político nacional y las representaciones

compartidas de sus actores (“los de aquí y los de allá”: los que viven en Puerto Rico y puertorriqueños que viven en EEUU). Más allá de la interrogante teórica sobre donde se hallan los márgenes de la nación, importa analizar cómo los ciudadanos construyen y se representan dichas fronteras. Reconocer los límites y alcances de nuestros conceptos nos permitirá formular proyectos políticos que favorezcan procesos de descolonización, apunta la investigadora (Juhász-Mininberg , 2003: 135).

En Brasil, Danigno (2003) discute la existencia de una “confluencia perversa” entre dos proyectos políticosⁱⁱ que parecerían opuestos y antagónicos: el proyecto participativo y el proyecto neoliberal que marca hoy un escenario de lucha democrática en la sociedad brasilera. A través del análisis de los discursos sostenidos tanto por actores políticos representativos de los dos proyectos, como por distintos sectores sociales y en especial las ONG’s, la autora examina el “desplazamiento de sentido” que opera en estos actores políticos y grupos sociales en torno a tres nociones: sociedad civil, participación y ciudadanía, los cuales constituyen referencias centrales para entender esta “confluencia perversa”. El estudio de las implicaciones que este proceso de re-significación juega en las representaciones sociales de política y democracia, y de su profundización, constituye para la autora una ineludible exigencia teórica-metodológica.

A su vez, Bloj (2003) estudia la problemática de representaciones ciudadanas, lo que llama ciudadanías indisciplinadas- en relación con los procesos identitarios durante la crisis político-institucional que viene sucediéndose en Argentina en los últimos años. En este contexto centra su estudio en las llamadas Asambleas Barriales y/o populares - organizaciones de vecinos auto-convocados que se derivan de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001. Para la autora, estas asambleas están íntimamente ligadas a la construcción de un “imaginario” de unidad, centrado en la creencia de la capacidad de

lucha y auto-organización ciudadana, paralelamente a un sentido de auto-exclusión del sistema político vigente, en aras de autonomía y horizontalidad de relación:

...”Opinamos “que se vayan todos”. No buscamos participar en la reforma política, ni en el presupuesto participativo municipal porque son formas de transformación de los vínculos con la política. No trabajamos para contribuir a la reforma política. Nadie está interesado en los anzuelitos que nos tiran los partidos. La Asamblea es el lugar donde su pueden generar otras cosas” (Asamblea Maternidad Martín, citada por Bloj, 2003: 188).

En Venezuela, en el marco del grave conflicto socio-político, aguda polarización social y violencia política, Lozada (2003), analiza las representaciones sociales y significaciones atribuidas a una multiplicidad de prácticas ciudadanas desplegadas en todo el país, durante el año 2002 por los dos sectores opuestos políticamente. Ejemplos de estas prácticas son: marchas, concentraciones, cacerolazos, paros, vigiliyas, recolección de firmas; cierre de vías, caravanas de carros, motos, biciletas, movilizaciones religiosas (misas, cadenas de oraciones, procesiones, levantamiento de altares, etc), fiestas populares, campamentos, ocupación de tierras y edificios, organización de distintos sectores sociales en asambleas de ciudadanos, círculos bolivarianos, consejos locales de planificación u otras figuras de participación local, municipal, estatal, innumerables redes virtuales de opinión política, entre otras.

La ola de protestas y movilizaciones sociales a lo largo y ancho del país, con participación organizada o no; el carácter innovador de las nuevas prácticas ciudadanas, la efervescencia de grupos sociales –reales y virtuales- en términos de identidades, estrategias políticas y articulación con el Estado y con las élites políticas de gobierno y oposición es variable en función de la dinámica polarizadora. Sin embargo, esta movilización da cuenta de la politización de la vida cotidiana, del descrédito de los partidos tradicionales, pero también del fin de la ilusión de armonía social, del

agotamiento de la ilusión del desarrollo como imaginario de integración social y cultural sostenido por el discurso público en Venezuela durante décadas. Asimismo, las tensiones y conflictos sociales (clases, raza, género, etc) han transformado y polarizado el espacio público donde encontramos representaciones antagónicas y una marcada territorialización de sectores y clases sociales pro o contra Chávez, y un sector importante del país que defiende posiciones diversas o no radicalizadas, invisibilizado por el discurso mediático y el maniqueísmo propio de la polarización.

A pesar del movimiento incesante de los venezolanos en la esfera pública y el carácter simbólico que juega dicha movilización, las calles sólo servirán de superficie de inscripción de un sujeto colectivo fragmentado y polarizado, sino se responde a la urgente demanda de búsqueda de consensos socio-políticos, capaces de construir un nuevo imaginario social inclusivo y un proyecto político que resuelva los más graves problemas que confronta el país en las áreas de salud, educación, seguridad, violencia, entre otros, además del profundo deterioro del sistema socio-económico y político, cuyo primer signo visible se expresó en el Caracazo de 1989ⁱⁱⁱ, y los altos niveles de polarización social y violencia política que vive Venezuela actualmente.

3.- Nuevas representaciones y prácticas sociales

Estas investigaciones, disimiles en cuanto a aproximaciones teórico-metodológicas, localización geo-política y poblacional y características de los procesos psicosociales analizados: representaciones, memoria, identidad, imaginarios, participación, sociedad civil, política, democracia, etc, convergen significativamente en algunos aspectos que nos interrogan acerca de las relaciones entre prácticas ciudadanas y representaciones sociales en tiempos de globalización (Mato, 2003). Veámos algunas de estas convergencias:

- Aún desde categorías analíticas diversas, dichos trabajos comparten una perspectiva que examina tanto los aspectos simbólicos sociales como los aspectos políticos de los procesos psicosociales estudiados.

-Desde esta perspectiva analizan las prácticas sociales de una variedad de actores situados en distintos contextos empíricos de gran riqueza multicultural, donde se significan y resignifican representaciones de sí y el Otro, de la cultura, la historia e identidad colectiva.

-Las experiencias analizadas por los estudios reseñados pretenden establecer puentes entre el presente y las experiencias de lucha desarrolladas por grupos sociales en el pasado, destacando la historicidad como eje articulador de estas nuevas representaciones y prácticas sociales en torno a la ciudadanía.

-Los estudios expresan en formas más o menos directas intereses de investigación e intervención psicosocial de parte de los investigadores, lo que refleja también diversas modalidades de prácticas intelectuales latinoamericanas que intentan dar cuenta de su articulación con numerosas modalidades de prácticas ciudadanas que con diferentes grados de amplitud e impacto social se han desarrollado en la última década en la región y de las cuales aún no se han elaborado suficientemente principios y soportes teóricos y políticos.

Estas investigaciones como tantas otras que se adelantan actualmente en la región, intentan trascender la crisis del pensamiento crítico que en la última década inhibió la construcción de categorías teóricas capaces de analizar y desafiar las conceptualizaciones tradicionales referidas a la política, ciudadanía, participación, espacio público, etc, necesarias para impulsar y profundizar las luchas por la democracia, justicia e igualdad, bajo el impacto de la aplicación de políticas neoliberales en buena parte de nuestros países.

Paralelamente a un clima cultural donde crece la desesperanza de construir un mundo cuyas prácticas sociales aparezcan vinculadas a la justicia, la emancipación social y la igualdad, se transitan también terrenos cada vez más novedosos de participación ciudadana, de poder local, de redefinición de políticas públicas que reivindican el género, el medio ambiente, los derechos humanos, las identidades étnicas y colocan el acento en el respeto a la diversidad y la democratización de las relaciones sociales. Este proceso de formación de nuevas identidades y ciudadanías plurales posibilitan también el cambio de representaciones y subjetividades en la vida social e impulsan una participación social renovada en la esfera pública.

¿Qué ejes de reflexión podrían guiarnos entonces en la comprensión de lo social en tiempos de globalización? En psicología social, además de aquellos referidos al debate tradicional entre las modalidades de relación, determinación, causalidad entre representaciones sociales y prácticas sociales, y de su vinculación con conceptos como ideología, poder, acción o modos de comportamiento (Abric, 1994), deberíamos interrogarnos acerca de las promesas o amenazas de la globalización y las prácticas o espacios de prácticas sociales que ellas demarcan en el campo de lo simbólico, lo político, lo identitario, sin relegar la intención comunicativa y el imaginario asociado a la producción y transmisión de sentidos, que revelan otro tipo de experiencias, de saberes sociales que circulan en espacios, objetos y discursos distintos a los tradicionales.

Sin duda, una de las características particulares del “globalismo”, de la “cibercultura” es la transformación de los procesos identitarios y comunicacionales por medio del desplazamiento de los referentes culturales, corporales, espacio-temporales y geográfico-políticos conocidos. Es a ese escenario histórico hacia donde la psicología social y en especial la teoría de las representaciones sociales debería dirigir su mirada, al análisis de cómo nuevas y viejas prácticas, como nuevas y viejas representaciones conviven, se

transforman, se reinterrogan, se integran en una variedad de contextos socioculturales a través de una serie de procesos simbólicos e "imaginarios sociales" que nos hablan de: significantes vacíos^{iv}, desplazamientos de sentido, de la incertidumbre de los objetos de representación, que nos hablan de resignificación, resemantización y nuevas subjetividades.

Numerosos procesos intervienen, influyen, configuran, orientan y transforman las representaciones identitarias, de ciudadanía, de democracia, participación, sociedad civil, espacio público que se construyen a nivel mundial. Ellas no se corresponden con un proceso líneal, ni apuntan en una sola dirección en cuanto a procesos y funciones sociocognitivas: racionalización, orientación, justificación, p.e. Incluso muchas de ellas están menos determinadas por su coherencia racional que por la intensidad de la carga emocional y simbólica que movilizan. Dichas representaciones son más bien ambivalentes, heterogéneas, móviles, con sujetos y objetos inciertos y/o inestables^v que expresan formas de ciudadanías antinormativas (Ochoa, 2003), indisciplinadas (Bloj, 2003), diferenciadas (Briceño, 2003) dependiendo de la ubicación individual y grupal en el conjunto diferenciado de poderes, marginaciones y exclusiones existentes a nivel local y global.

Así, la ciudadanía puede ser vista de una parte, como una lucha por el reconocimiento y conquista de nuevos derechos en un espacio global conflictivo, donde se busca paralelamente superar las desigualdades y reconocer la pluralidad de la diferencia, y por la otra, como el ejercicio de derechos democráticos que trasciende los límites de una institucionalidad y la legislación estatal y nacional.

Pero también, tal como señala Monasterios (2003:314), a propósito de la presencia de actores indígenas en Internet, es importante la comprensión del universo "paralelo" que conforma el lenguaje de comunidades transnacionales, "que no tienen entre sí sólo

fronteras geopolíticas concretas, sino también otras fronteras limitadas por membranas simbólicas y limitaciones tecnológicas, culturales y políticas”.

En la Red, suerte de fusión entre control, tecnología y contra-cultura que desafía los ordenamientos sociales y la capacidad de control estatal y nacional, se reflejan con más fuerza las dinámicas y dimensiones de lucha de fuerzas globalizadas, localizadas y territorializadas, presentes en la construcción de una ciudadanía global (Vargas, 1999). La producción y distribución desigual de información y significaciones que circulan globalmente en Internet, se articula con las dinámicas de exclusión, desigualdad y diferencias culturales, políticas, económicas y sociales presentes en lo local. Son justamente en esta sucesión de luchas reales y/o simbólicas que dan cuenta de una permanente una “demanda de reconocimiento” (Axel, 2000) de grupos y movimientos, donde reconocemos las posibilidades de las prácticas sociales dentro o fuera de la Red.

Nos enfrentamos entonces al desafío de asumir los cambios culturales que implican los procesos de información, comunicación y globalización, y el lugar estratégico que juegan en la construcción de ciudadanía, democratización y desarrollo local, como también la dimensión simbólica e imaginarios sociales asociados.

El complejidad del momento actual debido a la agudización de la pobreza y las contradicciones de un mundo cada vez mas globalizado y menos justo, exige aproximaciones comprensivas de los nuevos sujetos y espacios políticos donde se construyen nuevas formas de participación, representación y democracia. Necesitamos, edificar referentes teóricos integrales, visiones del mundo que ayuden a superar la fragmentación del pensamiento y a reflexionar con lucidez sobre las transformaciones sociales y sus nuevas subjetividades. Esto supone también, visualizar el valor político que suponen la comprensión de estas prácticas sociales, sus sujetos y las formas de

adaptación-resistencia a la globalización y/o formas alternativas a los patrones de interacción propios a la hegemonía del mercado.

En definitiva, el reconocimiento e implementación de este tipo de derechos exige una práctica que desnaturalice la universalidad de la igualdad, un vaciamiento de los contenidos asociados a la visión universalizante del concepto de ciudadanía. Es decir las diversas culturas representan sujetos situados, no el sujeto abstracto objeto de derechos del concepto tradicional de ciudadanía, sino el sujeto social ubicado en diferentes contextos vitales de copertenencia que expresa una clara diversidad cultural.

La ciudadanía, según Crossley (1996) es una propiedad sistémica, así como también un estatus político e institucional, pues supone un conjunto de prácticas sociales relativamente estables. Este status, al menos en principio, garantiza los derechos y hace cumplir los deberes propios de esa condición. En este sentido, la ciudadanía se construye como una forma de identidad social a través de los símbolos, identificaciones y orientaciones de acción. Tiene bases tanto socioculturales como político/contractuales. En otras palabras, la ciudadanía es necesariamente un intermundo, un espacio intersubjetivo. Este espacio incluye representaciones simbólicas, modos de comunicación y reconocimiento cultural. Los requerimientos para la ciudadanía cultural no solo implica la tolerancia de las diversas identidades, sino que, también requiere la dignificación de la representación, un soporte normativo, y el fortalecimiento simbólico de esas identidades. Este proceso de extensión de los derechos ciudadanos como lo sugiere Pakulski, (1997:80), puede ser visto como un signo de radicalización de lo político, de la democracia y de ciudadanía social y cultural, en el cual se pueden detectar tres tipos de derechos:

“El derecho de la presencia simbólica y visibilidad vs. marginalización; el derecho de una representación digna vs. señalamiento y el derecho de propagación de identidad y mantenimiento de sus estilos de vida –costumbres vs. asimilación”

El denominador común de estos nuevos requerimientos y peticiones por parte de la ciudadanía cultural, es el énfasis en lo simbólico como también la carga emotiva presente en cada una de las representaciones y prácticas que revelan presencias, interrelaciones e identidades sociales.

En este contexto, el problema es el reconocimiento e integración de identidades plurales emergentes de la sociedad, para que no se constituyan en comunas identidades excluyentes unas a otras, en fundamentalismos o etnicidades separatistas.

Para Santos (1997), el reconocimiento de las debilidades e incomplitudes recíprocas es la condición sine qua non de un diálogo transcultural”, mientras que para Panikkar (1990) y Fariñas (2000) la hermenéutica del diálogo es la llamada a favorecer la integración entre las diferentes culturas, diálogo que debería basarse en valores de pluralismo, solidaridad y reciprocidad, sin ningún tipo de supremacía y/o dominación etnocultural.

En este nuevo contexto, se requiere proporcionar puentes de comunicación simbólica, no para fundir las identidades, o subyugarlas en nombre de una identidad única, sino para permitir su diálogo y estimular su desarrollo. La agenda en el estudio de las representaciones sociales exige entonces asumir estos desafíos, los temas y los interrogantes que cruzan hoy nuestras investigaciones, a objeto de elaborar la aproximación comprensiva a las resignificaciones de la ciudadanía, sus sujetos, prácticas y posibilidades transformadoras en tiempos de globalización.

Ello exige obviamente el desarrollo de métodos que tomen en cuenta la movilidad e inestabilidad de buena parte de estos fenómenos. El principio fundamental de la psicología social, antropología del mundo contemporáneo, tal como señala Moscovici

(2003:6), es su mirada abierta y sensible a una realidad "*en train de se faire*", construyéndose continuamente. Así, "además de no presumir del conocimiento del método, necesitamos generar nuevas aproximaciones metodológicas, estimular la intuición y espontaneidad y tomar conciencia de los procesos en los cuales éstas herramientas son más fecundas y ofrecer entonces en la conjugación de distintos métodos, la confianza epistemológica en cuanto al valor de los resultados obtenidos". Este desafío exige que nuestras universidades, nuestros centros de trabajo e investigación recuperen la mejor tradición latinoamericana, saliendo de la nueva dependencia cultural representada por el postmodernismo y neo-liberalismo, buscando alternativas y conceptos comprensivos que conecten lo local y lo global, pero no es sólo en las salas de conferencias, ni en las publicaciones científicas, sino en el espacio público donde dicha responsabilidad debe ser asumida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abric, J.C. (1994) *Pratiques sociales & représentations*. Paris : PUF.
- Axel, H. (2000) *La lutte pour la reconnaissance*. Paris: Editions du Cerf.
- Beck, U. (1998) *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Briceño, Y. (2003) *La emergencia del inmigrante como figura social en el Estado Español. Estrategias discursivas de construcción de alteridad e identidad. Coloquio Internacional: Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas.
- Bloj, C. (2003) *Presunciones acerca de una ciudadanía “indisciplinada”. Coloquio Internacional. Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas.
- CONAIE (1989) *Las nacionalidades indígenas en el Ecuador. Nuestro proceso organizativo*. Tincui. Conaie. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Crossley, N. (1996). *Intersubjectivity. The fabric of social becoming*. London: Sage.
- Colectivo situaciones, (2002) *Una insurrección de nuevo tipo*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.
- Dagnino, E (2003) *Sociedade civil, participacao e cidadania: de que estamos falando? Coloquio Internacional: Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas.
- Degregori, C. (2002) *Introducción*, En: Mutso Yamada y Carlos Degregori (org): *Estados nacionales, etnicidad y democracia en América Latina*. Osaka: The Japan Center for Area Studies, National Museum of Ethnology.
- Fariñas, M. (2000) *Globalización, ciudadanía y derechos humanos. Cuadernos Bartolomé de las Casas, 6*, Madrid: Dykinson.
- Franco, C. (1991) *La otra modernidad*. Lima: CEDEP.
- Giddens, A. (2000) *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Ianni, O. (1999) *La era del globalismo*. Rio de Janeiro: Siglo XXI editores.
- Juhász-Mininberg , E. (2003) *Construyendo la puertorriqueñidad: ciudadanía, cultura y nación*. En Mato, D. *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas, FACES, UCV.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Lozada, M. (2003) El ciberciudadano: representaciones sociales y transformaciones socio-políticas en América Latina. Coloquio Internacional: Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas.

Lozada, M. (1999) La democracia sospechosa: la construcción del colectivo en el espacio público. En Mota G (Coord) Psicología política del nuevo siglo. Una ventana a la ciudadanía. México: Sociedad Mexicana de Psicología Social.

Marschall, T.H. (1965) Class, citizenship and social development, New York, Anchor.

Mato, D. (2003) Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización. Caracas, FACES, UCV.

Monasterios, G. (2003) Abya Yala en Internet: políticas comunicativas y representaciones de identidad de organizaciones indígenas en el ciberespacio. En Mato, D. Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización. Caracas, FACES, UCV.

Moscovici, S. & Buschini, Fabrici (2003) Les méthodes des sciences humaines. .

Akulski, J. (1997) Cultural citizenship. Citizenship Studies, 1, 1, 73-87.

Ochoa, M (2003) ¿Ciudadanía perversa? Divas, marginación y participación en la "localización". Coloquio Internacional: Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas.

Pannikar, R. (1990) Sobre el diálogo intercultural. Salamanca: Ed. San Esteban,.

Pajuelo, R. (2003) Fronteras, representaciones y movimientos étnicos en los países centroandinos en tiempos de globalización. En Mato, D. Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización. Caracas, FACES, UCV.

Rosenau, J (1990) Turbulence in world politics. Brighton: Harvester.

Santos, B. (1998) La globalización del derecho. Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación, ILSA, Colombia.

Santos, B. (1997) Hacia una concepción multicultural de los derechos humanos. Análisis político, 31.

Vargas, V. (1999) Ciudadanías globales y sociedades civiles. Nueva Sociedad, 163, 124-138.

ⁱ Las versiones completas de las ponencias que da cuenta de estas y otras investigaciones, discutidas en el Coloquio Internacional y Taller de Trabajo: Políticas de Ciudadanía y Sociedad Civil en tiempos de globalización, Caracas , 23 y 23 de mayo 2004 mayo , pueden ser consultadas en: www.globalcult.org.ve.

ⁱⁱ Se entiende proyecto político en un sentido próximo a la visión gramsciana. Usado para designar conjunto de creencias, intereses, concepciones de mundo, representaciones de la vida en sociedad que orientan la acción política de diferentes sujetos (Dagnino, 2003:147).

ⁱⁱⁱ Más allá de los dilemas del chavismo y la polarización política y social, la profundización de la democracia venezolana depende de la superación de su crisis, de la cual dan cuenta no sólo las condiciones de pobreza, desempleo, violencia que sufren sectores mayoritarios de la población, sino también las consecuencias del agotamiento de las formas clientelares, autoritarias y populistas del ejercicio del poder, la pérdida de credibilidad de las instituciones, el descrédito de los partidos tradicionales y el agotamiento del modelo económico centrado en el rentismo petrolero, entre otros signos (Lozada, 1999) .

^{iv} Un “significante vacío” Laclau (1996: 69) es, “en el sentido estricto del término, es un significante sin significado. Esta definición es también la enunciación de un problema [...] ¿Qué es lo que determina que sea un significante y no otro el que asume, en diferentes circunstancias, una función significativa? Esto remite a la relación entre significantes vacíos y hegemonía”

^v Ciertos autores analizan algunas movilizaciones y representaciones sociales, donde no se reconoce un ciudadano o sujeto colectivo visible (Colectivo Situaciones, 2002).